

Eduard von Keyserling

UN ARDIENTE VERANO

Traducción del alemán

Carlos Fortea

 NOCTURNA  
EDICIONES

Madrid, 2010

Título original alemán: *Schwüle Tage*

© de la traducción: Carlos Fortea, 2010

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Lope de Rueda, 3, 6.º C. 28009 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: mayo de 2010

Composición: Safekat, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-937396-8-3

Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

# UN ARDIENTE VERANO



El propio viaje en tren de la ciudad a Fernow, nuestra finca, resultó tan pesado como lo esperaba. Llovió sin parar, una lluvia fina y oblicua que parecía estar desencadenando el verano. Mi padre y yo íbamos solos en el *coupé*. Mi padre no hablaba conmigo, me ignoraba. Con la cabeza levemente apoyada contra la orejera del asiento, tenía los ojos cerrados, como si durmiera. Y si a veces alzaba los pesados párpados, con sus largas y curvas pestañas, y me miraba, enseguida levantaba las cejas, lo que era un signo de desprecio. Yo iba sentado frente a él, estiraba las piernas y jugueteaba con la borla del cordón de la ventanilla. Me sentía muy pequeño y miserable. Había fracasado en el examen de reválida, no sé por qué intriga de los profesores. A mis

casi dieciocho años, eso era un mal asunto. Ahora decían que había sido perezoso y, en vez de tener unas buenas vacaciones con mamá y mis hermanos junto al mar, tenía que ir solo con mi padre a Fernow, supuestamente para recuperar el tiempo perdido, mientras él terminaba de hacer sus cuentas y vigilaba la cosecha. Era duro no poder estar allí con los otros; lisa y llanamente, unas vacaciones perdidas. Aún era peor tener que pasar el verano a solas con mi padre. Sus hijos siempre sentíamos gran embarazo delante de él. Viajaba mucho. Cuando regresaba, la casa adoptaba enseguida un aspecto distinto. Algo de festiva excitación afluía a la vida, como si hubiera visita. A mediodía teníamos que vestirnos con más cuidado, la comida era mejor, los criados estaban más nerviosos. En las habitaciones olía a cigarrillos egipcios y a fuerte perfume inglés. Mamá tenía manchas rojas en las mejillas, de ordinario tan pálidas. En la mesa se hablaba de cosas lejanas y desconocidas, se oían nombres de lugares como Obermustafá, de personas llamadas Pallavicini. Se hablaba mucho en francés, para que los

criados no entendieran. La cosa se ponía incómoda cuando mi padre dirigía hacia uno de nosotros sus ojos azules grisáceos. Sentíamos que le disgustábamos. Usualmente, se daba la vuelta, alzaba las cejas y le decía a mamá: «*Mais c'est impossible, comme il mange, ce garçon!*». Entonces mamá se ruborizaba por nosotros. ¡Y ahora tenía que pasar un verano entero con ese hombre para mí tan desconocido, sentarme día tras día a solas en la mesa frente a él! Era difícil encontrar algo más desagradable.

Contemplé a mi padre. Era guapo, sólo ahora era claramente consciente de ello. Sus rasgos eran regulares, marcados y claros. La boca bajo el bigote tenía unos labios finos, muy rojos. En la frente, entre las cejas, había tres pequeñas arrugas verticales, como trazadas con un cortaplumas. El brillante cabello se abombaba, tan sólo en las sienes era un poco gris. Y luego, la mano, estrecha y blanca, como una mano de mujer. En la muñeca tintineaba suavemente una esclava dorada. ¡Qué hermoso era todo, pero, Dios, qué incómodo! No quería ni

mirar. Cerré los ojos. ¿Qué expectativa de una pequeña alegría me ofrecía ese verano? ¡Sí! Los de Warnow estaban a sólo media hora de distancia de Fernow. Allí ondearía un poco de aire vacacional; allí todo era tan bello y tierno... La tía en su tumbona, con su salto de cama de terciopelo y sus migrañas. Luego, las chicas. Ellita era mayor que yo y demasiado arrogante como para uno pudiera enamorarse de ella. Pero a veces, cuando me miraba con sus ojos almendrados y aterciopelados, podía hacerme arder. Tenía entonces la sensación de que tenía que ocurrir algo grande. Gerda era de mi edad, y estaba enamorado de ella... desde siempre. Cuando pensaba en sus trenzas brillantes, en su fino rostro, tan delicado que los ojos azules parecían en él casi violentamente oscuros, cuando tenía ante mí esa visión en azul, rosa y oro, en la cavidad de mi corazón se agitaba algo casi como un dolor, y aun así benéfico. Me veía obligado a respirar hondo.

«Si se ha hecho algo mal, uno se aguanta y sopor-ta las consecuencias», oía decir a mi padre. Abrí los

ojos, sobresaltado. Mi padre me miró aburrido, bostezó discretamente y dijo:

—Realmente no es agradable tener un interlocutor que no deja de suspirar y de hacerse el cordeiro que llevan al matadero. Así que... un poco de *tenue*... si haces el favor.

Yo estaba indignado. En mis pensamientos, pronunciaba largos e irrespetuosos discursos: «Sin duda tampoco es agradable tener un interlocutor que siempre le mira a uno de arriba abajo, que, cuando dice algo, sólo habla de cosas negativas. Además, ahora no estaba pensando en ese necio examen. Estaba pensando en Gerda, y no deseaba ser molestado».

El tren se detuvo. ¡La estación de Fernow!

—Por fin —dijo mi padre, como si yo tuviera la culpa del aburrido viaje.

Había dejado de llover. Los tilos que rodeaban el pequeño edificio de la estación estaban relucientes y goteaban. Sobre el mojado andén se deslizaba con lentitud una bandada de patos. Había muchachas apoyadas en la cerca, mirando el tren. Olía a flores

de tila, a hojarasca húmeda. Todo aquello me pareció triste. Ahí estaba también el coche de caza, con sus alazanes. Klaus me saludó con la cabeza bajo la gran gorra galoneada, con su devastada cara de Cristo. El viejo Konrad sujetó las maletas.

—Alegre esa cara, condesito —dijo—, que no hace daño.

Es curioso: cuando más pena nos damos a nosotros mismos es cuando los otros nos consuelan. Hubiera podido llorar por mí cuando Konrad dijo eso.

—¡Listo! —gritó mi padre. Partimos. El sol se había puesto; el cielo estaba despejado, pálido y claro como el cristal. Las nieblas se tendían sobre los prados segados. En los campos de maíz graznaban las cornejas. Una luna grande y rojiza se alzó sobre el bosque. Era reconfortante. El campo yacía tranquilo y ancho a la luz del crepúsculo veraniego y, sin embargo, me parecía como si en esas sombras y ese silencio se ocultaran sueños y posibilidades que hacían arder la sangre.

—Tenemos que ir a Warnow a visitar a los Bandag —dijo mi padre—. Pero el trato con los parien-

tes no puede adoptar dimensiones que te aparten de los estudios. Los estudios son lo primero.

¡Naturalmente!, tenía que decirlo, precisamente ahora, cuando una agradable y misteriosa sensación empezaba a hacerme olvidar mis penas.

Ya oscurecía cuando nos detuvimos ante la vieja casa de campo, de una sola planta, con su gran fachada escalonada. El ama de llaves estaba en la escalera; tenía el pañuelo negro en la cabeza y componía un rostro atemorizado. Tampoco ella se alegraba de nuestra llegada. Los cuartos estaban silenciosos y oscuros. A pesar de las ventanas abiertas, olía a humedad y a estancias deshabitadas. Los grillos habían anidado y cantaban en las paredes. Yo estaba helado. En el comedor había luz. Mi padre pidió en voz alta la comida. Trina, la doncellita, que desde siempre había sido una descarada, me sonrió y susurró:

—Nuestro condesito ha sido malo. ¿Ahora tienes que quedarte con nosotros?

Así que la historia del examen había llegado hasta las criadas. Sentí hambre. Pero sentarme frente a

mi padre en el gran y solitario comedor me parecía tan espantoso que se me quitó el apetito. Mi padre hacía como si yo no estuviera. Bebió mucho oportu, mirando al frente, como a la lejanía. A veces parecía que iba a sonreír y, entonces, parpadeaba con sus largas pestañas. ¡Era algo inquietante! De pronto, se acordó de mí:

—Mañana —dijo— diseñaremos una división práctica de la jornada. Sin perjuicio de los estudios, quiero que no postergues tampoco los ejercicios físicos. Porque... —meditó— no alcanza para estar sentado.

—¿El qué? —se me escapó a mi pesar.

Mi padre pareció encontrar natural la pregunta. Dio una calada a su cigarro y dijo, pensativo:

—La vida.

Volvió a seguir un penoso silencio, que mi padre sólo interrumpió una vez con la observación:

—Hacer rodar miguitas por la mesa es una mala costumbre.

¡Bien! ¡Sin duda a mí no me apetecía nada hacer rodar miguitas! Por fin vino el inspector; llenó la

estancia con el olor de sus botas engrasadas con aceite de pescado y habló del abono, de los trabajadores rusos, del ganado, de cosas completamente pacíficas que se deslizaban ahí afuera, a la luz de la luna. Yo escuchaba distraído y parpadeaba somnoliento a la luz.

—Vete a dormir —dijo mi padre—. Buenas noches. Y para mañana te deseo una cara más agradable.

«Yo también», pensé rabioso.

Mi habitación estaba al final de la casa. Oía crujir el parqué al lado, en el vacío pasillo. Los grillos cantaban como si estuvieran limando algo con celo, pequeños seres encadenados a finas cadenas. Mis ventanas daban al jardín y estaban muy abiertas. Las lilas resplandecían blancas en el crepúsculo. La luna estaba muy alta, y arrojaba por entre las ramas de los castaños amarillos manchas de luz sobre la hierba. Abajo, en el estanque del parque, croaban las ranas. Y entonces llegó hasta mí un sonido, desde la oscuridad de las avenidas, una profunda voz de muchacha que cantaba una canción, una monóto-

na sucesión de prolongadas notas. No entendí las palabras, pero cada estrofa terminaba con rai-rai-rrá. Sonaba solitario y triste en mitad de la noche de verano. No pude por menos de echarme a llorar. Me hizo bien contraer el rostro como un niño. Luego me tumbé en la cama y me dejé acunar por la lejana voz del parque: rai-rai-rrá.

Había empujado la mesa hasta la ventana y abierto los libros, porque era hora de estudio, como gustaba de llamarlo mi padre. Fuera, el sol caía a plomo sobre los macizos de flores. El aroma de las lilas, de las rosas, penetraba ardoroso hasta mí, me aturdí como una bebida muy dulce y caliente. Al mismo tiempo, todo tenía un resplandor tan chillón... Los gladiolos ardían como el fuego, los dedos de oro eran insoportablemente amarillos. Los guijarros centelleaban. Todos estaban inmóviles bajo el ardor, ociosos y perezosos entre el somnoliento zumbido que recorría el aire. Se me aflojaron los miembros. El libro delante de mí emanaba un desagradable olor a colegio. Por nada del mundo podía mirar en él. Ni siquiera podía pensar: hasta los sueños se volvían

borrosos y somnolientos. Gerda... Gerda..., pensaba. Sí, entonces la agradable y estremecida sensación de enamoramiento me ocupó la cavidad cardíaca. «¡Oh, Dios! ¡Se me cierran los ojos! Nada sucede. Pero algo tiene que venir, algo de aquello que se esconde ahí fuera, tras el cálido silencio, algo secreto». De pronto, me acordé de las historias que nos contábamos en clase, cuando escondíamos la cabeza detrás de los bancos, a punto de reventar de risa. «¡Oh, no..., basta! ¡Odioso! Así que “Gerda”...» Los guijarros crujieron. Lentamente, la criada Margusch pasó por delante de la ventana. Apoyaba con cuidado los pies desnudos en la grava, como si temiera que estuviese demasiado caliente. Mecía pesadamente las caderas. Los pechos se clavaban en la fina tela de la camisola blanca. El rostro era tranquilo y rosado. Los brazos se balanceaban flojos. ¡Demonios! ¿Adónde iría? ¡Ah, seguro que iba hacia los secretos que yacían y callaban ahí fuera, bajo el sol del mediodía, y en los que yo no participaba!

Llegó Konrad.

—Vístete —dijo—. Nos vamos a Warnow.

—¿Lo ha dicho él?

—Cómo no.

—¿Cómo iremos?

—En el coche de caza, con los bayos.

Por el camino, había tanto polvo que mi padre y yo tuvimos que subirnos las capuchas de nuestros guardapolvos. Estábamos completamente envueltos en la cálida y rubia nube que olía ligeramente a vainilla y picaba de forma intolerable en la nariz. Me sorprendió que mi padre riera alegremente. Habló mucho, como un compañero, casi simpático:

—¿Qué? ¿Has estudiado *Antígona*? Bueno, te habrá parecido acartonada. Con esas damas todo depende de la iluminación, y el sol del mediodía es peligroso, ¿eh?

¿Qué le pasaba hoy? ¿Se alegraba de ir a Warnow? A izquierda y derecha centelleaban los campos de cereal. El sonido de las guadañas llegaba hasta nosotros. Trabajadores con los rostros desfigurados por el calor se detenían al borde del camino y saludaban.

—¡Pobres diablos! —dijo mi padre. ¡Ahora hasta se compadecía de los trabajadores!

Desde la colina, vimos Warnow a nuestros pies: la avenida de tilos, la blanca casa entre los viejos castaños, las persianas blancas y rojas bajadas, todo descansando en frescas y verdes sombras. Una brisa refrescante llegó hasta nuestro ardor, como si Ellita estuviera enviándonos aire con su gran abanico de plumas negras.

En Warnow todo estaba como tenía que estar. Cada estancia conservaba su acostumbrado olor. El porche olía a pintura y a la flor de los naranjos que allí había; la sala, al raso de las sillas amarillas calentado por el sol; la galería de pintura, al barniz del gran armario, y en la habitación de la tía olía a melisa y a manzanilla. La tía yacía en su tumbona. Llevaba su salto de cama de color vino tinto, el collar de perlas en torno al cuello de un blanco inquietante. El rostro era enjuto, amable, blanco de *Poudre de riz*; el cabello teñido de rojo estaba dispuesto en un alto peinado. Junto a ella, en la mesita, estaba la taza de porcelana de Sèvres con un poquito de manzanilla.

—Aquí estás, mi querido Gerd —dijo la tía con su voz lastimera—. ¡Gracias a Dios! Ahora estoy

tranquila. Tú pondrás orden —mi padre sostuvo la mano de la tía en las suyas y asintió distraído—. Ah —prosiguió la voz lastimera—, yo, una mujer anciana y sola, ¿qué puedo hacer? Ahí está también mi pequeño Bill —se volvió a mí—, pobre muchacho, tener que venir con nosotros a esta soledad. Pero no le atormentes. ¡Todo menos atormentarle!

Luego, se habló del cultivo del campo. Tuve ocasión de acariciar a *Cheri*, el perrito de la tía.

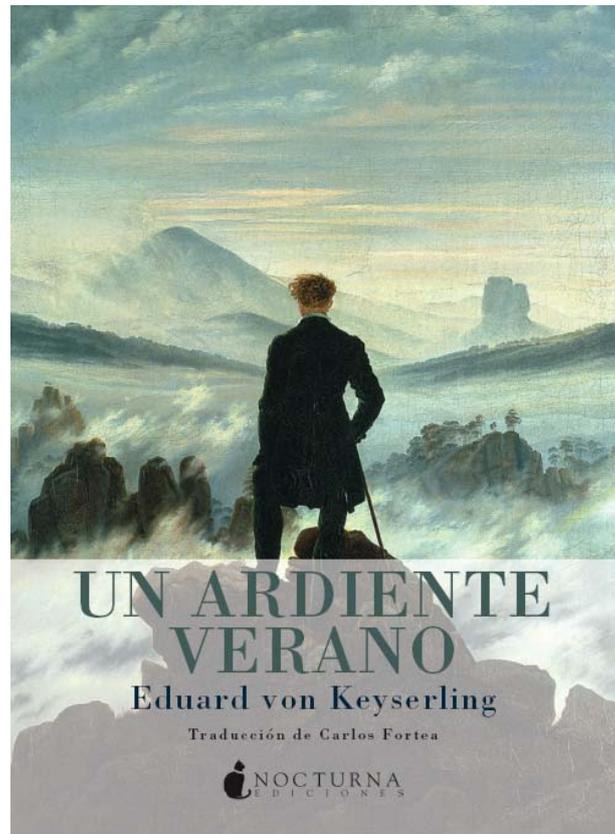
—Hoy es el cumpleaños de *Cheri* —contó—. He mandado que hagan una rosquilla, y todos los perros grandes han tenido su parte también. Cumple ocho años. Sí, todos nos hacemos viejos. Bill, ¿no quieres salir con los otros? Los Marsow también están ahí. La juventud quiere juventud. Qué vas a hacer aquí con una mujer anciana y enferma. Gerd, ¿no quieres tú también saludar a las muchachas? Luego tenemos mucho que hablar. Sí..., ve... ve.

Abajo, en la pista de tenis, encontramos a los otros. Las muchachas con luminosos vestidos de verano, las gorras de tenis puestas, rodeadas por completo de sombras de hojas que se mecían.

**SIGUE LEYENDO**

UN ARDIENTE VERANO

Eduard von Keyserling



Nocturna Ediciones  
ISBN 978-84-937396-8-3